

EL VIZCAINO FINGIDO

Miguel de Cervantes

Versión de Antonio León Fernández

PERSONAJES

SOLÓRZANO
QUIÑONES
AMIGO
CRISTINA
BRÍGIDA
PLATERO

SALEN SOLORZANO, QUIÑONES, EL AMIGO Y UN PLATERO.

PLATERO. Éstas son las cadenas y, a lo que parecen, son bien parecidas. SE ENTRA.

SOLORZANO. No hay sino que acudáis con mi intento que, a pesar de la taimería de esta sevillana, ha de quedar esta vez burlada.

QUIÑONES. ¿Tanta honra se adquiere o tanta habilidad se muestra en engañar a una mujer, que lo tomáis con tanto ahínco y ponéis tanta solicitud en ello?

SOLORZANO. Cuando las mujeres son como éstas, es gusto el burlallas; cuanto más, que esta burla no ha de pasar de los tejados arriba. Quiero decir que ni ha de ser con ofensa de Dios, ni con daño de la burlada; que no son éstas burlas de las que redundan en desprecio ajeno.

QUIÑONES. Alto; pues vos lo queréis sea así: digo que yo os ayudaré en todo cuanto me habéis dicho y sabré fingir tan bien como vos.

AMIGO. Yo también.

QUIÑONES. ¿A donde vais agora?

SOLORZANO. Derecho a casa de la ninfa; y vosotros esperad, que yo os llamaré a su tiempo. Si todo sale bien, habrá escudos para todos.

ÉNTRANSE TODOS.

SALEN CRISTINA. DENTRO BRÍGIDA LLAMA A ÉSTA A VOCES.

BRÍGIDA. ¡Cristina! ¡Cristina!

CRISTINA. ¡Jesús! ¿Qué es lo que traes, amiga doña Brígida, que parece que quieres dar el alma a Su Hacedor?

BRÍGIDA. Doña Cristina amiga, hazme aire, rocíame con un poco de agua este rostro

que me muero, que me fino, que se me arranca el alma. ¡Dios sea conmigo; confesión a toda prisa!

CRISTINA. ¿Qué es esto? ¡Desdichada de mí! ¿No me dirás lo que te ha sucedido? ¿Has visto alguna mala visión? ¿Hante dado alguna mala nueva de que es muerta tu madre o de que viene tu marido o ante robado tus joyas?

BRÍGIDA. Ni he visto visión alguna, ni se me ha muerto mi madre, ni viene mi marido que aún le faltan tres meses para acabar el negocio donde fue, ni me han robado mis joyas; hame sucedido otras cosa peor.

CRISTINA. Acaba, dímelas doña Brígida mía; que me tienes turbada y suspensa hasta saberla.

BRÍGIDA. ¡Ay, querida! Que también te toca a ti parte deste mal suceso. ¡Desdichadas de aquellas que andan en la vida libre que, si quieren tener un poquito de autoridad granjeada de aquí o de allí, se la desjarretan y se la quitan al mejor tiempo!

CRISTINA. Acaba, por tu vida, y dime lo que te ha sucedido y cual es la desgracia de quien yo también tengo de tener parte.

BRÍGIDA. Y cómo si tendrás parte; y mucha, si eres discreta como eres. Has de saber, hermana, que, viniendo agora a verte, al pasar por la puerta de Guadalajara, oí que, en medio de infinita justicia y gente, estaba un pregonero, pregonando que quitan los coches y que las mujeres descubran los rostros por las calles.

CRISTINA. ¿Y esa es la mala nueva?

BRÍGIDA. Pues para nosotras, ¿puede ser peor en el mundo?

CRISTINA. Yo creo, hermana, que debe ser de alguna reformation de los coches: que es imposible que los quiten de todo punto; y será cosa muy acertada, porque, según he oído decir, andaba muy de caída la caballería en España, porque se empanaban diez o doce caballeros mozos en un coche y azotaban las calles de noche y de día, sin acordárseles que había caballos y jineta en el mundo; y como les falte la comodidad de las galeras de la tierra, que son los coches, volverán al ejercicio de la caballería con quien sus antepasados se honraron.

BRÍGIDA. ¡Ay Cristina! Que también oí decir qué, aunque dejan algunos, es con condición que no se presten, ni que en ellos ande ninguna... ya me entiendes.

CRISTINA. Ese mal nos hagan: por que has de saber que está en opinión, entre los que siguen la guerra, cual es mejor: la caballería o la infantería; y hase averiguado que la infantería española lleva la gala a todas las naciones. Y agora podremos las pu... las alegres mostrar a pié nuestra gallardía, nuestro garbo y nuestra bazarria, y más yendo descubiertos los rostros, quitando la ocasión de que ninguno se llame a engaño si nos sirviese, pues nos ha visto.

BRÍGIDA. ¡Ay, Cristina! No me digas eso; que linda cosa era ir sentada en la popa de un coche, llenándola de parte a parte, dando el rostro a quien y cómo y cuando quería. Y

en Dios y en mi ánima te digo, que cuando alguna vez me le prestaban y me vía sentada en él con aquella autoridad, que me desvanecía tanto, que creía bien y verdaderamente que era mujer principal, y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas.

CRISTINA. ¿Veis, doña Brígida, como tengo yo razón en decir que ha sido bien quitar los coches, siquiera por quitarnos el pecado de vanagloria? Y más, que no era bien que un coche igualase a las no tales con las tales; pues viendo los ojos extranjeros a una persona en un coche, pomposa por galas, reluciente por joyas, echaría a perder la cortesía, haciéndosela a ella como si fuera una principal señora; así que, amiga, no debes acongojarte, sino acomoda tu brío y tu limpieza, y tu manto de soplillo sevillano, y tus nuevos chapines y déjate ir por esas calles; que yo te aseguro que no falten moscas a tan buena miel, si quieres dejar que a ti se lleguen.

BRÍGIDA. Dios te lo pague, amiga, que me has consolado con tus advertimientos y consejos; y en verdad que los pienso poner en práctica y pulirme y repulirme, y dar el rostro a pié, y pisar el polvico tan a menudico como tu me has aconsejado.

SALE SOLORZANO.

CRISTINA. ¡Jesús! ¿Tan a la sorda y sin llamar se entra en mi casa, señor? ¿Qué es lo que vuestra merced manda?

SOLORZANO. Vuestra merced perdone el atrevimiento, que la ocasión hace al ladrón: hallé la puerta abierta y entreme, dándome ánimo al entrarme, venir a servir a vuestra merced; y no con palabras, sino con obras. Y, si es que puedo hablar delante de esta señora, diré a lo que vengo y la intención que traigo.

CRISTINA. De la buena presencia de vuestra merced, no se puede esperar sino que han de ser buenas sus palabras y sus obras. Diga vuestra merced lo que quisiere, que la señora doña Brígida es tan mi amiga como yo misma.

SOLORZANO. Con ese seguro y con esa licencia hablaré con verdad; y con verdad, señora, soy un cortesano a quien vuestra merced no conoce.

CRISTINA. Así es la verdad.

SOLORZANO. Y ha muchos días que deseo servir a vuestra merced, obligado a ello de su hermosura, buenas partes y mejor término. Pero estrecheces, que no faltan, han sido el freno a las obras hasta agora, que la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío a un hijo suyo, vizcaíno, muy galán, para que yo le lleve a Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y le enseñe. Porque, para decir verdad, él es un poco burro y tiene algo de mentecato; y añádese a esto una tacha, que es lástima decirla, cuanto más tenerla, y es que se toma algún tanto, un si es no es del vino; pero no de manera que de todo en todo pierda el juicio, puesto que se le turba; y, cuando está asomado, y aún todo el cuerpo fuera de la ventana, es cosa maravillosa su alegría y su liberalidad: da cuanto tiene a quien se lo pide y a quien no se lo pide; y yo querría que, ya que el diablo se ha de llevar cuanto tiene, aprovecharme de alguna cosa. Y no he hallado mejor medio que traerle a casa de vuestra merced, porque es amigo de damas, y aquí le desollaremos cerrado como a gato. Y para principio traigo aquí a vuestra merced esta cadena en este bolsillo, que pesa ciento cincuenta escudos de oro de a veintidos

quilates, la cual tomará vuestra merced y me dará diez escudos agora, que yo he menester para ciertas cosillas, y gastará otros veinte en una cena esta noche, que vendrá acá nuestro burro, que le llevo yo por el naso, como dicen y, a dos idas y venidas, se quedará usted con toda la cadena. La cadena es bonísima y de muy buen oro, y vale algo de hechura: hela aquí, vuestra merced la tome.

CRISTINA. Beso a vuestra merced las manos por la que me ha hecho en acordarse de mí en tan provechosa ocasión; pero si he de decir que lo siento, tanta liberalidad me tiene algo confusa y algún tanto sospechosa.

SOLORZANO. Vuestra merced habla discretísimamente; y no en balde tiene vuestra merced fama de la más discreta dama de la corte, y hame dado mucho gusto el ver cual sin melindres ni rodeos me ha descubierto su corazón; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte. Vuestra merced se cubra su manto, o envíe si tiene en quien fiarse, y vaya a la platería, y en el contraste se pese y toque esa cadena; y cuando fuera fina y de la bondad que yo he dicho, entonces vuestra merced me dará los diez escudos, harála una regalaría la borrico y se quedará con ella.

CRISTINA. Aquí pared y media tengo yo un platero mi conocido, que con facilidad me sacará de dudas.

SOLORZANO. Esto es lo quiero, y lo que amo y lo que estimo, que las cosas claras, Dios las bendijo.

CRISTINA. Si es que vuestra merced se atreve a fiarme esta cadena, en tanto que me satisfago, de aquí a poco podrá venir que yo tendré los diez escudo en oro.

SOLORZANO. ¡Bueno es eso! Fío mi honra de vuestra merced, ¿y no le había de fiar la cadena? Vuestra merced la haga tocar y retocar, que yo me voy y volveré de aquí a media hora.

ENTRASE SOLORZANO.

BRÍGIDA. Esta, Cristina mía, no sólo es ventura, sino venturón llovido. ¡Desdichada de mí! Y qué desgraciada que soy, que nunca topo alguien que me dé un jarro de agua, sin que me cueste mi trabajo primero.

SALE EL PLATERO.

CRISTINA. ¿Qué quiere mi buen vecino? Que a fe que me ha quitado el manto de los hombros, que ya me le quería cubrir para buscarle.

PLATERO. Señora doña Cristina, vuestra merced me ha de hacer la merced de llevar mañana a mi mujer a la comedia, que me conviene y me importa quedar mañana en la tarde libre de tener quien me siga y me persiga.

CRISTINA. Eso haré yo de muy buena gana; y aún, si el señor vecino quiere mi casa y cuanto hay en ella, aquí la hallará sola y desembarazada; que bien sé en qué caen estos negocios.

PLATERO. No señora, entretener a mi mujer me basta. Pero, ¿qué quería vuestra merced de mí, que quería ir a buscarme?

CRISTINA. No más, sino que me diga el señor vecino que pesará esta cadena, y si es fina y de qué quilates.

PLATERO. Esta cadena he tenido yo en mis manos muchas veces, y sé que pesa ciento cincuenta escudos de oro de a veintidos quilates, y que si vuestra merced la compra y se la dan sin hechura, no perderá nada en ella.

CRISTINA. Alguna hechura me ha de costar, pero no mucha.

PLATERO. Mire como la conierta la señora vecina que yo le haré de dar, cuando se quisiere deshacer della, diez ducados de hechura.

CRISTINA. Menos me ha de costar, si yo puedo; pero mire el vecino no se engañe en la fineza del oro y en la cantidad del peso.

PLATERO. ¡Bueno sería que yo me engañase en mi oficio! Digo señora, que dos veces la he tocado eslabón por eslabón y la he pesado, y la conozco como a mis manos.

BRÍGIDA. Con eso nos contentamos.

PLATERO. Y por más señas, sé que la ha llegado a pesar y tocar un gentil hombre cortesano, que se llama... tal de Solórzano.

CRISTINA. Basta señor vecino; vaya con Dios, que yo la llevaré y entretendré dos horas más si fuese menester; que bien sé que no podrá arañar dos horas más de entretenimiento.

PLATERO. Con vuestra merced me entierren que sabe de todo; y adiós, señora mía.

ENTRASE EL PLATERO.

BRÍGIDA. ¿No haríamos con este cortesano Solórzano, que así se debe llamar sin duda, que trujese con el vizcaíno para mí alguna ayuda de costa, aunque fuese algún borgoñón más borracho que un zaque?

CRISTINA. Por decírselo no quedará; pero vele, aquí vuelve: priesa trae, diligente anda; sus diez escudos le aguijan y le espolean.

SALE SOLORZANO.

SOLORZANO. Pues, señora Cristina, ¿ha hecho vuestra merced sus diligencias? ¿Está acreditada la cadena?

CRISTINA. ¿Cómo es el nombre de vuestra merced, por su vida?

SOLORZANO. Don Esteban de Solórzano me suelen llamar en mi casa. Pero, ¿por qué me lo pregunta vuestra merced?

CRISTINA. Por acabar de echar el sello a su mucha verdad y cortesía. Entretenga vuestra merced un poco a la señora Brígida, en tanto que me entro por los diez escudos.

ENTRASE CRISTINA.

BRÍGIDA. Señor don Solórzano, ¿no tendrá algún mondadientes para mí? Que en verdad que no soy para desechar, y que tengo yo tan buenas entradas y salida en mi casa como la señora doña Cristina; qué, a no temer que nos oyera alguna, le dijera yo al señor Solórzano más de cuatro tachas suyas: que sepa que tiene las tetas como dos alforjas vacías, y que no le huele muy bien el aliento, y... con todo eso la buscan, solicitan y quieren. Que estoy por arañarme la cara más de rabia que de envidia, porque no hay quien me de la mano entre tantos que me dan el pie. En fin, la ventura de las feas.

SOLORZANO. No se desespere vuestra merced, que si yo vivo, otro gallo cantará en su gallinero.

SALE CRISTINA.

CRISTINA. He aquí, señor don Esteban los diez escudos, y la cena se aderezará esta noche como para un príncipe.

SOLORZANO. Pues, como nuestro burro está a la puerta de la calle, quiero ir por él; vuestra merced me lo acaricie, aunque sea como quien toma una píldora.

ENTRASE SOLORZANO

BRÍGIDA. Ya le dije, amiga, que trujese quien me regalase a mí y él me dijo que sí haría, andando el tiempo.

CRISTINA. Andando el tiempo en nosotras, no hay quién nos regale; amiga, los muchos años traen la mucha ganancia, y los muchos, la mucha pérdida.

BRÍGIDA. También le dije como vas muy limpia, muy linda y muy agraciada, y que toda tú eras ámbar y almizcle entre algodones.

CRISTINA. Yo ya sé, amiga, que tienes muy buenas ausencias.

BRÍGIDA. APARTE. Mirad quien tiene amartelados, que vale más la suela de mi alpargate, que las arandelas de su cuello; otra vez vuelvo a decir: la ventura de las feas.

SALEN QUIÑONES Y SOLORZANO.

QUIÑONES. Vizcaíno, manos bésame vuestra merced, que mándeme.

SOLORZANO. Dice el señor vizcaíno, que besa las manos de vuestra merced, y que le mande.

BRÍGIDA. ¡Ay, que linda lengua! Yo no la entiendo a lo menos, pero paréceme muy linda.

CRISTINA. Yo beso las de mi señor vizcaíno, y más adelante.

QUIÑONES. Pareces buena, hermosa; también noche esta cenamos; cadenas quedas, duermes nunca, basta que doyla.

SOLORZANO. Dice mi compañero que besa las manos de vuestra merced y que le parece buena y hermosa; que se apareje la cena: que él da la cadena, aunque no duerma acá, que basta que una vez la haya dado.

BRÍGIDA. ¿Hay tal Alejandro en el mundo? ¡Venturón, venturón y cien mil veces venturón!

SOLORZANO. Si hay algún poco de conserva, y algún traguillo del devoto para el señor vizcaíno, yo se que nos valdrá por uno ciento.

CRISTINA. ¡Y como si lo hay! Yo entraré por ello, y se lo daré mejor que al preste Juan de las Indias.

ENTRASE CRISTINA

QUIÑONES. Dama que quedaste, tan buena como entraste.

BRÍGIDA. ¿Qué ha dicho, señor Solórzano?

SOLORZANO. Que la dama que se queda, que es vuestra merced, está tan buena como la que se ha entrado.

BRÍGIDA. ¡Cómo que está en lo cierto el señor vizcaíno! Y a fe que en ese parecer, no es nada burro.

QUIÑONES. Burro el diablo; vizcaíno ingenio queréis cuando tenerlo.

BRÍGIDA. Ya le entiendo: que dice que el diablo es el burro; y que los vizcaínos, cuando quieren tener ingenio, le tienen.

SOLORZANO. Así es, sin faltar un punto.

SALE CRISTINA.

CRISTINA. Bien puede beber el señor vizcaíno, y sin asco: que todo cuento hay en esta casa es la quintaesencia de la limpieza.

QUIÑONES. Dulce conmigo, vino y agua llamas bueno; santo le muestras, ésta le bebo y otra también.

BRÍGIDA. ¡Ay Dios, y con qué donaire lo dice el buen señor, aunque no le entiendo!

SOLORZANO. Dice que con lo dulce también bebe vino como agua; y que este vino es de San Martín, y que beberá otra vez.

CRISTINA. Y aún otras ciento; su boca puede ser medida.

SOLORZANO. No le den más que le hace mal, y ya se le va echando de ver; que le he dicho al señor Azcaray que no beba vino en ningún modo y no aprovecha.

QUIÑONES. Vamos, que vino que subes y bajas lengua es grillos y corma es pies; tarde vuelvo señora. Dios que te guárdete.

SOLORZANO. ¡Miren lo que dice y verán si tengo yo razón!

CRISTINA. ¿Qué es lo que ha dicho señor Solórzano?

SOLORZANO. Que el vino es grillo de su lengua y corma de sus pies; que vendrá esta tarde y que vuestras mercedes se queden con Dios.

BRÍGIDA. ¡Ay pecadora de mí! La mayor lástima es esta que he visto en mi vida; ¡miren que mocedad y qué borrachera!

SOLORZANO. Si ya venía el refrendado desde casa. Vuestra merced señora Cristina haga aderezar la cena, que yo le quiero llevar a dormir el vino, y seremos temprano esta noche.

CRISTINA. Todo estará como de molde; vayan vuestras mercedes en buena hora.

ENTRANSE QUIÑONES Y SOLORZANO.

BRÍGIDA. Amiga Cristina, muéstrame esa cadena y déjame dar con ella dos filos al deseo. ¡Ay qué linda, qué nueva, qué reluciente y qué barata! Digo Cristina que, sin saber cómo ni cómo no, llueven los bienes sobre ti y se te entra la ventura por las puertas sin solicitalla. En efeto, eres venturosa sobre las venturosas; pero todo lo merece tu desenfado, tu limpieza y tu magnífico término: hechizos bastantes a rendir las más descuidadas y exentas voluntades; y no como yo, que no soy para dar migas a un gato. Toma tu cadena hermana, que estoy para reventar en lágrimas, y no de envidia que te tengo a ti sino de lástima que me tengo a mí.

SALE SOLORZANO.

SOLORZANO. ¡La mayor desgracia del mundo nos ha sucedido!

BRÍGIDA. ¡Jesús! ¿Desgracia? ¿Y qué es, señor Solórzano?

SOLORZANO. A la vuelta de esta calle yendo a la casa, encontramos con un criado del padre del vizcaíno, el cual trae cartas y nuevas de que su padre queda a punto de espirar, y le manda que al momento se vuelva si quiere hallarle vivo. Trae dinero para la partida, eso sí. Yo le he tomado diez escudos para vuestra merced y velos aquí, con los diez que vuestra merced me dio denantes y vuélvase la cadena; que si le padre vive, el hijo volverá a darla o yo no seré don Esteban de Solórzano.

CRISTINA. En verdad que a mí me pesa; y no por mi interés, sino por la desgracia del mancebo que ya le había tomado yo afición.

BRÍGIDA. Buenos son diez escudos ganados tan holgado; tómalos amiga, y vuelve la cadena al señor Solórzano.

CRISTINA. Vela aquí y venga el dinero; que en verdad que pensaba gastar mas de treinta en la cena.

SOLORZANO. ¡Oh! ¡oh! y ¡oh! Señora Cristina, al perro viejo nunca tus tus; estas tretas con los de las galleruzas y con este perro a otro hueso.

CRISTINA. ¿Para qué tantos refranes señor Solórzano?

SOLORZANO. Para que entienda vuestra merced que la codicia rompe el saco. ¿Tan presto se desconfió de mi palabra que quiso vuestra merced curarse en salud, y salir el lobo al camino como la gansa de Cantimpalos? Señora Cristina, señora Cristina, lo bien ganado se pierde y lo malo ello y su dueño. Venga mi cadena verdadera y tómese vuestra merced su falsa, que no ha de haber conmigo transformaciones de Ovidio en tan pequeño espacio. ¡Hi de puta, y qué bien la amoldó y qué presto!

CRISTINA. ¿Qué dice vuestra merced, señor mío, que no le entiendo?

SOLORZANO. Digo que no es ésta la cadena que yo dejé a vuestra merced aunque le parece; que ésta es de alquimia y la otra es de oro de veinte y dos quilates.

BRÍGIDA. En mi ánima, que así lo dijo el vecino que es platero.

CRISTINA. ¡Aún el diablo sería eso!

SOLORZANO. El diablo o la diabla, mi cadena venga y dejémonos de voces, y escúsenme juramentos y maldiciones.

CRISTINA. El diablo me lleve, lo cual querría que no me llevase, si no es esa la cadena que vuestra merced me dejó y que no he tenido otra en mis manos. ¡Justicia de Dios, si tal testimonio se me levantara!

SOLORZANO. Que no hay para qué dar gritos, y más estando ahí el señor Alguacil, que guarda su derecho a cada uno.

SALE EL AMIGO DISFRAZADO DE ALGUACIL.

ALGUACIL. ¿Qué voces son éstas, qué gritos, qué lágrimas y qué maldiciones?

SOLORZANO. Vuestra merced, señor alguacil, ha venido aquí como de molde. A esta señora del rumbo sevillano le empeñé una cadena habrá una hora, en diez ducados, para cierto efeto; vuelvo ahora a desempeñarla y, en lugar de una que le di que pesaba ciento cincuenta escudos de veinte y dos quilates, me vuelve ésta de alquimia que no vale dos ducados. Y quiere poner mi justicia a la venta de la zarza a voces y a gritos, sabiendo que será testigo desta verdad esta misma señora ante quien ha pasado todo.

BRÍGIDA. ¡Y cómo si ha pasado! Y aún repasado; y en Dios y en mi ánima que estoy por decir que éste señor tiene razón; aunque no imagino donde se puede haber hecho el

trueque, porque la cadena no ha salido de esta sala.

SOLORZANO. La merced que el señor alguacil me ha de hacer es llevar a la señora al corregidor; que allá nos averiguaremos.

CRISTINA. Si a las manos del corregidor llega este negocio yo me doy por condenada; que tiene de mí tan mal concepto, que ha de tener mi verdad por mentira y mi virtud por vicio. Señor mío, si yo he tenido otra cadena en mis manos sino aquesta, de cáncer las vea yo comidas. ¡Desta vez me ahorco, desta vez me desespero, desta vez me chupan brujas!

SOLORZANO. Ahora bien, yo quiero hacer una cosa por vuestra merced, siquiera porque no la chupen brujas u por lo menos se ahorque: esta cadena se parece mucho a la del vizcaíno; como él es mentecato y algo borrachuelo yo se la quiero llevar y darle a entender que es suya; y vuestra merced contente aquí al señor alguacil y gaste la cena desta noche, y sosiegue su espíritu, pues la pérdida no es mucha.

CRISTINA. Págueselo a vuestra mujer todo el cielo; al señor alguacil daré media docena de escudos, en la cena gastaré uno y quedaré por esclava perpetua del señor Solórzano.

ALGUACIL. Vuestra merced ha hecho como liberal y buen caballero.

SOLORZANO. Vengan los diez escudos que di demasiados.

CRISTINA. Helos aquí, más los seis del señor alguacil.

SALE QUIÑONES.

QUIÑONES. Ahora sí que se puede decir a mi señora Cristina: mamola una y cien mil veces.

BRÍGIDA. ¿Han visto qué claro habla el vizcaíno?

QUIÑONES. Nunca hablo yo turbio si no es cuando quiero.

CRISTINA. Que me maten si no me la han dado a tragar estos bellacos.

QUIÑONES y SOLORZANO.

La mujer más avisada,
o sabe poco, o nada.

La mujer que más presume
de cortar como navaja
los vocablos repulgados,
entre las godeñas pláticas;
la que sabe de memoria
a lo Fraso y a Diana
y al caballero del Febo
con Olivante de Laura;
la que seis veces al mes

al gran Don Quijote pasa,
aunque más sepa de aquesto,
o sabe poco o nada.
La que se fía de su ingenio,
llena de fingidas trazas
fundadas en interés
y en voluntades tiranas;
la que no sabe guardarse,
cual dicen, del agua mansa,
y se arroja a las corrientes
que ligeramente pasan;
la que piensa que ella sola
es el colmo de la nata
en esto del trato alegre,
o sabe poco, o nada.

CRISTINA. Ahora bien, yo quedo burlada y, con todo esto, convido a vuestras mercedes para esta noche.

SOLÓRZANO. Aceptamos el convite, y todo saldrá en la colada.

LA CUEVA DE SALAMANCA

Miguel de Cervantes

Versión de Antonio León Fernández

PERSONAJES
LEONARDA
CRISTINA
PANCRACIO
ESTUDIANTE
COMPADRE
SACRISTÁN
BARBERO

PANCRACIO. No lloréis y enjugad señora esas lágrimas, que cuatro días de ausencia no son siglos: yo volveré, a lo más tardar, a los cinco, si Dios no me quita la vida; aunque será lo mejor por no turbar la vuestra romper mi palabra y dejar esta jornada; que sin mi presencia se podrá casar mi hermana.

LEONARDA. No quiero yo mi Pancracio y mi señor, que por respeto mío vos parezcáis descortés; id enhorabuena y cumplid vuestras obligaciones, pues las que os llevan son precisas; que yo me apretaré con mi llaga y pasaré mi soledad lo menos mal que pudiere. Sólo os encargo la vuelta y que no paséis del término que habéis puesto. VA A SALIR PANCRACIO. Tenme Cristina, que se me aprieta el corazón. DESMÁYASE.

CRISTINA. ¡Oh, que bien hayan las bodas y las fiestas! En verdad señor que, si yo fuera vuestra merced, que nunca allá fuera.

PANCRACIO. Entra hija por un vidrio de agua para echársela en el rostro. Mas, espera; diréle unas palabras que sé al oído, que tienen virtud para hacer volver de los desmayos. DÍCELE LAS PALABRAS.

LEONARDA. Basta: ello ha de ser forzoso. No hay sino tener paciencia. Bien mío, cuanto más os detuviédeses, más dilatáis mi contento. Vuestro compadre Leoniso os debe de aguardar ya en el coche. Andad con Dios y que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

PANCRACIO. Mi ángel, si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estatua.

CRISTINA. ¡Oh espejo del matrimonio! A fe que si todas las casadas quisieren tanto a

sus maridos como mi señora Leonarda quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

LEONARDA. Entra, Cristina, y saca mi manto, que quiero acompañar a tu señor hasta dejarlo en el coche.

PANCRACIO. No, no, no por mi amor; abrazadme y quedáos, por vida mía. Crisตินica ten cuenta de regalar a tu señora, que yo te mando un calzado cuando vuelva como tu le quisieres.

CRISTINA. Vaya señor, y no lleve pena de mi señora porque la pienso persuadir de manera que nos holguemos, que no imagine en la falta que vuestra merced le ha de hacer.

LEONARDA. ¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la cuenta, niña! Porque, ausente de mi gusto, no se hicieron los placeres ni las glorias para mí; penas y dolores sí.

PANCRACIO. Ya no lo puedo sufrir más. Quedad en paz, lumbre destos ojos, los cuales no verán cosa que les dé placer hasta volveros a ver. ENTRASE PANCRACIO.

LEONARDA. ¡Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz! Vayas y no vuelvas; ¡la ida del humo! Por Dios, que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos.

CRISTINA. Mil veces temí que con tus extremos habías de estorbar su partida y nuestros contentos.

LEONARDA. ¿Vendrán esta noche los que esperamos?

CRISTINA. ¿Pues no? Ya los tengo yo avisados, y ellos están tan en ello que esta tarde enviaron con la lavandera, nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar llena de mil regalos y de cosas de comer, que no parece sino de los serones que da el rey el Jueves Santo a sus pobres; si no que la canasta es de Pascua porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco y dos capones que aún no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y sobre todo una bota de vino, que huele que traciende.

LEONARDA. Es muy cumplido y lo fue siempre mi Reponce, sacristán de las telas de mis entrañas.

CRISTINA. Pues, ¿qué le falta a mi maese Nicolás, barbero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo como si nunca las hubiera tenido?

LEONARDA. ¿Pusiste la canasta en cobro?

CRISTINA. En la cocina la tengo cubierta con un cernadero, por el disimulo.
LLAMA A LA PUERTA UN ESTUDIANTE Y ENTRA.

LEONARDA. Cristina, mira quien llama.

ESTUDIANTE. Señoras soy yo, un pobre estudiante.

CRISTINA. Bien se parece que sois pobre y estudiante pues lo uno lo muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa extraña es esta, que no hay pobre que espere a que le saquen la limosna a la puerta, sino que se entran en las casas hasta el último rincón, sin mirar si despiertan a quien duerme o si no!

ESTUDIANTE. Otra más blanda respuesta esperaba yo de la buena gracia de vuestra merced; cuanto más que yo no quería ni buscaba limosna, sino alguna caballeriza o pajar donde defenderme esta noche de las inclemencias del cielo que, según se me trasluce, parece que con grandísimo rigor a la tierra amenazan.

LEONARDA. ¿Y de donde bueno sois, amigo?

ESTUDIANTE. Salmantino soy, señora mía; quiero decir que soy de Salamanca. Iba a Roma con un tío mío, el cual murió en el camino, en le corazón de Francia. Vime solo; determiné volverme a mi tierra: robáronme los lacayos o compañeros de Roque Guinarde en Cataluña, porque él estaba ausente; que a estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio, pues es muy corté y comedido, y además, limosnero. Hame tomado a estas santas puertas la noche, que por tales las juzgo, y busco mi remedio.

LEONARDA. ¡En verdad Cristina, que me ha movido a lástima el estudiante!

CRISTINA. Ya me tiene a mí rasgadas las entrañas. Tengámosle en casa esta noche, pues de las sobras del castillo se podrá mantener el real; quiero decir que en las reliquias de la canasta habrá en quien adore su hambre, y más, que me ayudará a pelar la volatería que viene en la cesta.

LEONARDA. Pues, ¿cómo quieres que metamos en nuestra casa testigos de nuestras liviandades?

CRISTINA. Así tiene él talle de hablar por el colodrillo como por la boca. Venga acá, amigo: ¿sabe pelar?

ESTUDIANTE. ¿Cómo si sé pelar? No entiendo eso de saber pelar, sino es que quiere vuestra merced motejarme de pelón; que no hay para qué, pues yo me confieso el mayor pelón de mundo.

CRISTINA. No lo digo yo por eso, en mi ánima, sino por saber si sabía pelar dos o tres pares de capones.

ESTUDIANTE. Lo que sabré responder es que yo, señoras, por la gracia de Dios soy graduado en bachiller por Salamanca, y no digo...

LEONARDA. Desa manera ¿quién duda sino que sabrá pelar no sólo capones, sino gansos y avutardas? Y en esto de guardar secreto ¿cómo le va? Y a dicha, ¿es tentado de decir todo lo que ve, imagina o siente?

ESTUDIANTE. Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el rastro, que yo despegue mis labios para decir palabra alguna.

CRISTINA. Pues atúrese esa boca y cósase esa lengua con una agujeta de dos cabos y

amuélese esos dientes, y éntrese con nosotras. Y verá misterios y cenará maravillas, y podrá medir en el pajar los pies que quisiese para su cama.

ESTUDIANTE. Con siete tendré demasiados, que no soy nada codicioso ni regalado.
ENTRANSE LOS TRES.

SALEN EL SACRISTAN Y EL BARBERO

SACRISTAN. ¡Oh, y que en buena hora estén los automedones y guías de los carros de nuestros gustos, las luces de nuestras tinieblas y las dos recíprocas voluntades que sirven de basas y columnas a la amorosa fábrica de nuestras pasiones. SALEN LEONARDA Y CRISTINA.

LEONARDA. ¡Esto solo me enfada del! Reponce mío: habla por tu vida a lo moderno y de modo que te entienda, y no te encarames donde no te alcance.

BARBERO. Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato. Pan por vino y vino por pan... o cómo suele decirse.

SACRISTAN. Sí, que diferencia ha de haber de un sacristán gramático a un barbero romancista.

CRISTINA. Para lo que yo he menester a mi barbero, tanto latín sabe, y aún más, que supo Antonio de Nebrija; y no se dispute agora de ciencia ni de modos de hablar: que cada uno habla, si no como debe, a lo menos como sabe. Y entrémonos y manos a la labor, que hay mucho que hacer.

ESTUDIANTE. Y mucho que pelar.

SACRISTAN. ¿Quién es este buen hombre?

LEONARDA. Un pobre estudiante salamanqueso que pide albergue para esta noche.

SACRISTAN. Yo le daré un par de... reales para cena y para lecho y váyase con Dios.

ESTUDIANTE. Señor sacristán Reponce, recibo y agradezco la merced y la limosna; pero yo soy mudo y pelón además, como lo ha menester esta señora doncella que me tiene convidado; y voto a... de no irme de esta casa si todo el mundo me lo manda. Confíese vuestra merced mucho de enhoramala de un hombre de mis prendas que se contenta de dormir en el pajar. Y si lo han por sus capones, péleselos el turco y cómanselo ellos y nunca del cuerpo les salga.

BARBERO. Este más parece rufián que pobre. Talle tiene de alzarse con toda la casa.

CRISTINA. No medre yo si no me contenta el brío. Entrémonos todos y demos orden en lo que se ha de hacer, que el pobre pelará y callará como en misa.

ESTUDIANTE. Y aún como en vísperas.

SACRISTAN. Puesto me ha miedo el "pobre" estudiante. Yo apostaré que sabe más latín que yo.

LEONARDA. De ahí le deben nacer los bríos que tiene; pero no te pese de hacer caridad, que sirve para todas las cosas.

ENTRANSE TODOS Y SALEN PANCRACIO Y LEONISO, COMPADRE.

COMPADRE. Luego lo vi yo que nos había de faltar la rueda. Y es que no hay cochero que no sea temático, si él rodeara un poco y salvara aquel barranco, ya estuviéramos dos leguas de aquí.

PANCRACIO. A mí no se me da nada, que antes gusto de volverme y pasar la noche con mi esposa Leonarda que en la venta; porque la dejé esta tarde casi para espirar, del sentimiento de mi partida.

COMPADRE. ¡Gran mujer! De buena os ha dado el cielo, señor compadre. Dadle gracias por ello.

PANCRACIO. Yo se las doy como puedo y no como debo. No hay Lucrecia que le llegue ni Porcia que se le iguale: la honestidad y el recogimiento han hecho en ella su morada.

COMPADRE. Si la mía no fuera celosa, no tendría más que desear. En fin, aquí está vuestra casa que yo me voy a la mía; y veámonos mañana, que no me ha de faltar coche para la jornada.

PANCRACIO. Adiós compadre.

SALEN EL SACRISTÁN, EL BARBERO, LEONARDA, CRISTINA Y EL ESTUDIANTE, DANZANDO.

SACRISTAN. ¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

CRISTINA. Señor sacristán Reponce no es tiempo de danzar. Dese orden en cenar y en las demás cosas y quédense las danzas para mejor coyuntura.

LEONARDA. Déjale Cristina, que en extremo gusto de ver su gracia.

LLAMA PANCRACIO A LA PUERTA.

PANCRACIO. Gente dormida ¿no oís? ¡Cómo! ¡Y tan temprano tenéis atrancadas las puertas? Los recatos de mi Leonarda deben de andar por aquí.

LEONARDA. ¡Ay, desdichada! A la voz y a los golpes, mi marido Pancracio es éste. Algo le debe de haber sucedido pues él se vuelve. Señores, a recogerse en la carbonera.

ESTUDIANTE. ¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

PANCRACIO. ¿Qué diablos es esto? ¿Cómo no me abrís, lirones?

ESTUDIANTE. Yo no quiero correr la suerte destes señores. Llénenme a mí al pajar que, si allí me hayan, antes pareceré pobre que adúltero.

SACRISTÁN. El alma llevo en los dientes.

BARBERO. Y yo en los calcañares.

ESCONDENSE TODOS Y ASÓMASE LEONARDA AL BALCÓN.

LEONARDA. ¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

PANCRACIO. Que soy yo, Leonarda mía, tu marido Pancracio; ábreme que ha media hora que estoy rompiendo a golpes estas puertas.

LEONARDA. En la voz bien me parece a mí a mi cepo Pancracio; pero la voz de un gallo se parece a la de otro gallo y no me aseguro.

PANCRACIO. ¡Oh recato inaudito de mujer prudente! Que soy yo: ábreme con toda seguridad.

LEONARDA. ¿Qué hice yo cuando él se partió esta tarde?

PANCRACIO. Suspiraste, lloraste y al cabo te desmayaste.

LEONARDA. Verdad; pero, con todo eso, dígame: ¿qué señales tengo yo en uno de mis hombros?

PANCRACIO. En el izquierdo tienes un lunar del grandor de medio real, con tres cabellos como tres mil hebras de oro.

LEONARDA. Verdad; pero ¿cómo se llama la doncella desta casa?

PANCRACIO. Ea, no seas enfadosa; Cristinica se llama. ¿Qué más quieres?

LEONARDA. ¡Cristinica, tu señor es; ábrele niña!

CRISTINA. Ya voy señora. Que él sea muy bienvenido. SALE PANCRACIO. ¿Qué es esto, señor de mi alma? ¿Qué acelerada vuelta es esta?

PANCRACIO. No ha sido otra cosa sino que en un barranco se quebró la rueda del coche, y mi compadre y yo determinamos volvernos y no pasar la noche en el campo. Mañana buscaremos en qué ir, pues hay tiempo.

ESTUDIANTE. DESDE DENTRO. ¡Ábranme aquí, señoras, que me ahogo!

PANCRACIO. ¿Qué voces son esas?

CRISTINA. Que me maten si no es el pobre estudiante que encerré en el pajar para que durmiese esta noche.

PANCRACIO. ¿Estudiante encerrado en mi casa y en mi ausencia? ¡Malo! En verdad mi señora, que si no me tuviera asegurada vuestra mucha bondad, que me causara algún recelo este encerramiento. Pero ve Cristina y ábrele; que se le debe haber caído toda la paja acuestas.

CRISTINA. Ya voy.

LEONARDA. Señor, que es un pobre estudiante salamanqueso que pidió que le acogiésemos esta noche, por amor de Dios, aunque fuese en el pajar. Y ya sabes mi condición, que no puedo negar nada de lo que se me pide, y encerrámosle. Pero véisle aquí y mirad cual sale.

SALEN EL ESTUDIANTE Y CRISTINA.

ESTUDIANTE. Si yo no tuviera tanto miedo y fuera menos escrupuloso, yo no hubiera escusado el peligro de ahogarme en el pajar y hubiera cenado mejor y tenido más blanda y menos peligrosa cama.

PANCRACIO. Y ¿quién os había de dar, amigo, mejor cena y mejor cama?

ESTUDIANTE. ¿Quién? Mi habilidad. Si no que el temor de la justicia me tiene atadas las manos.

PANCRACIO. Peligrosa habilidad debe de ser la vuestra, pues os teméis de la justicia.

ESTUDIANTE. La ciencia que yo aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara utilizar sin temor de la Santa Inquisición yo sé que cenara y recenara a costa de mis herederos; y aún quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa. Pero no sé yo si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido.

PANCRACIO. No se cure dellas amigo y haga lo que quisiere que yo las haré que callen. Y ya deseo en todo extremo ver alguna destas cosas que dice que se aprenden en la cueva de Salamanca.

ESTUDIANTE. ¿No se contentará vuestra merced con que le saque de aquí dos demonios en figuras humanas, que traigan acuestas una canasta llena de cosas fiambres y comederas?

LEONARDA. ¿Demonios en mi casa y en mi presencia? ¡Jesús! Librada sea yo de lo que librarme no sé.

CRISTINA. El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo. ¡Plegue a Dios que vaya a buen viento esta parva! Temblándome está el corazón en el pecho.

PANCRACIO. Ahora bien: si ha de ser sin peligros y sin espantos, yo me holgaré de ver a los señores demonicos y a la canasta de las fiambreras; y torno a advertir que las figuras no sean espantosas.

ESTUDIANTE. Digo que saldrán en figura del sacristán de la parroquia y en la de un barbero su amigo.

CRISTINA. ¿Más que lo dice por el sacristán Reponce y por Maese Roque el barbero de casa? ¡Desdichados dellos, que se han de ver convertidos en diablos! Y dígame hermano, ¿y éstos han de ser diablos bautizados?

ESTUDIANTE. ¡Gentil novedad! ¿Adónde diablos hay diablos bautizados, o para qué se han de bautizar los diablos? Aunque podrá ser que éstos lo fuesen porque no hay

regla sin excepción; y apártense que verán maravillas.

LEONARDA. ¡Ay sin ventura! Aquí se descose, aquí salen nuestras maldades a plaza, aquí soy muerta.

CRISTINA. ¡Ánimo señora, que buen corazón quebranta mala ventura!

ESTUDIANTE.

Vosotros, mezquinos, que en la carbonera
hallasteis amparo a vuestra desgracia,

salid, con priesa y con gracia,

sacad la canasta de la fiambreira;

no me incitéis a que de otra manera

más dura os conjure. Salid, ¿qué esperáis?

Mirad que si a dicha el salir rehusáis

tendrá mal suceso mi nueva quimera.

Hora bien, yo sé cómo me tengo de haber con éstos demonicos humanos: quiero entrar
allá dentro, y a solas, hacer un conjuro tan fuerte que los haga salir más que de paso;
aunque la calidad destos demonios más está en sabellos aconsejar, que en conjurallos.

ENTRASE EL ESTUDIANTE.

PANCRACIO. Yo digo que, si este sale con lo que ha dicho, que será la cosa más nueva
y más rara que se halla visto en el mundo.

LEONARDA. Si hará, ¿quién lo duda? Pues ¿habíanos de engañar?

CRISTINA. Ruido anda allá dentro. Yo apostaré que los saca. Pero ve aquí do vuelve
con los demonios y el apatusco de la canasta.

ENTRAN EL ESTUDIANTE, EL SACRISTÁN Y EL BARBERO.

LEONARDA. ¡Jesús! ¡Qué parecidos son los de la carga al sacristán Reponce y al
barbero de la plazuela.

CRISTINA. Mire señora, que donde hay demonios no se ha de decir Jesús.

SACRISTAN. Digan lo que quisieren, que nosotros somos como los perros del herrero,
que dormimos al son de las martilladas: ninguna cosa nos espanta ni turba.

LEONARDA. Lléguese a que yo coma de lo que viene en la canasta, no tomen menos.

ESTUDIANTE. Yo haré la salva y comenzaré por el vino. Bueno es. ¿Es de Esquivias,
señor sacridiablo?

SACRISTAN. De Esquivias es, y juro a...

ESTUDIANTE.. Téngase por vida suya y no pase adelante. ¡Amiguito soy yo de
diablos juradores! Demonico, demonico, aquí no venimos a hacer pecados mortales,
sino a pasar una hora de pasatiempo y a cenar y a irnos con Cristo.

CRISTINA. ¿Y estos han de cenar con nosotros?

ESTUDIANTE. No, que los diablos no comen.

BARBERO. Si comen algunos, pero no todos. Y nosotros somos de los que comemos.

CRISTINA. ¡Ay, señores! Quédense acá los pobres diablos pues han traído la cena; que sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre y parecen diablos muy honrados y muy hombres de bien.

LEONARDA. Como no nos espantan y si mi marido gusta, quédense en buena obra, señores míos.

CRISTINA. ¡Qué bien criados, qué corteses! Nunca medre yo si todos los diablos son como éstos, si no han de ser mis amigos de aquí en adelante.

SACRISTAN.

Oiga, pues.

Oigan los que pocos saben
lo que con mi lengua franca
digo el bien que en si tiene
LA CUEVA DE SALAMANCA.

BARBERO.

Oigan lo que dejó allí escrito
della el bachiller tudanca
en el cuero de una yegua
que dicen que fue potranca,
en la parte de la piel
que confina con el anca
poniendo sobre las nubes
LA CUEVA DE SALAMANCA.

SACRISTAN.

En ella estudian los ricos
y los que no tienen blanca,
y sale entera y rolliza
la memoria que está manca.
Siéntanse los que allí enseñan
de alquitrán en una banca,
porque estas bombas encierra
LA CUEVA DE SALAMANCA.

BARBERO.

En ellas se hacen discretos
los modos de la palanca;
y el estudiante más burdo
ciencias en su pecho arranca.
A los que estudian en ella
ninguna cosa le es manca;
viva, pues, siglos eternos
LA CUEVA DE SALAMANCA.

SACRISTAN.

Y a nuestro conjurador,
si es a dicha de Loranca,
tenga en ella cien mil vides
de uva tinta y de uva blanca;
y al diablo que le acusare
que le den con una tranca,
para él tal jamás sirva en
LA CUEVA DE SALAMANCA.

CRISTINA. Basta. ¿Que también los diablos son poetas?

BARBERO. Y aún todos los poetas son demonios.

PANCRACIO. Y dígame, señor mío, pues los diablos lo saben todos: ¿dónde se inventaron todos esos bailes de las Zarabandas, Zambapalo y Dello me pesa, con el famoso del nuevo Escarramán?

BARBERO. ¿Adonde?

ESTUDIANTE. ¡En el infierno!

BARBERO. Allí tuvieron su principio y origen.

PANCRACIO. Yo así lo creo.

ESTUDIANTE. Agora entrémonos a cenar que es lo que importa.

PANCRACIO. Sí, entremos. Que quiero averiguar si los diablos comen o no, con otras cien mil cosas que dellos cuentan; y, por Dios, que no se ha de marchar de mi casa hasta que me deje enseñado en la ciencia y ciencias que se enseñan en La Cueva de Salamanca.

EL VIEJO CELOSO

Miguel de Cervantes

Versión de Antonio León Fernández

PERSONAJES

LORENZA

CRISTINA

ORTIGOSA

CAÑIZARES

COMPADRE

GALÁN

LORENZA. Milagro ha sido éste, señora Ortigosa, el no haber dado la vuelta a la llave mi duelo, mi yugo y mi desesperación. Este es el primero día después que me case con él que hablo con persona de fuera de casa; que fuera le vea yo desta vida a él y a quien con él me casó.

ORTIGOSA. Ande, mi señora doña Lorenza, no se queje tanto; que con una caldera vieja se compra otra nueva.

LORENZA. Y aún con esos y otros semejantes villancicos o refranes me engañaron a mí; que malditos sean sus dineros, malditas sus joyas, malditas sus galas y maldito todo lo que me da y promete. ¿De qué me sirve a mí todo aquesto, si en mitad de la riqueza estoy pobre y en medio de la abundancia con hambre?

CRISTINA. En verdad, señora, que tiene razón; que más quisiera yo andar con un trapo atrás y otra adelante y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con este viejo podrido que tomaste por esposo.

LORENZA. ¿Yo le tomé? A la fe díomele quien pudo; y yo como muchacha, fui más presta al obedecer que al contradecir. Pero si yo tuviera tanta experiencia destas cosas, antes me tarazara la lengua con los dientes, que pronunciar aquel si que se pronuncia con dos letras y da que llorar dos mil años. Pero yo imagino que no fue otra cosa sino que había de ser ésta y que, las que han de suceder forzosamente, no hay prevención ni diligencia humana que las prevenga.

CRISTINA. ¡Jesús y del mal viejo! Toda la noche: "Daca el orinal". Toma el orinal. "Levántate Cristina y caliéntame unos paños, que me muero de la Ijada. Dame aquellos juncos, que me fatiga la piedra". Con mas unguentos y medicinas en el aposento que si fuera una botica. Y yo tengo de servirle de enfermera. ¡Pux, pux, pux, viejo clueco, tan potroso como celoso y el más celoso del mundo!

LORENZA. Dice la verdad.

CRISTINA. ¡Plugiera Dios que nunca yo la dijera en esto!

ORTIGOSA. Ahora bien, señora doña Lorenza: vuestra merced haga lo que le tengo aconsejado y verá como se halla muy bien con mi conseja. El mozo es como un ginjo verde; quiere bien, sabe callar y agradecer lo que por él se hace. Y pues los celos y el recato del viejo no nos dan lugar a demandas ni a respuestas, resolución y buen ánimo: que por la orden que hemos dado y o le pondré al galán en su aposento y le sacaré, si bien tuviese el viejo más ojos que Argos y viese más que un zahorí, que dicen que ve siete estados debajo de la tierra.

LORENZA. Como soy primeriza estoy temerosa; y no querría, a trueco del gusto, poner en riesgo la honra.

CRISTINA. Eso me parece, señora, a lo del cantar de Gómez Arias:
Señor Gómez Arias,
doléos de mí.
Soy niña y muchacha,
Nunca en tal me vi.

LORENZA. Algún espíritu malo debe de hablar en ti según las cosas que dices.

CRISTINA. Yo no sé quien habla; pero sé que haría todo aquello que la señora Ortigosa ha dicho, sin faltar punto.

LORENZA. ¿Y la honra?

CRISTINA. ¿Y el holgarnos?

LORENZA. ¿Y si se sabe?

CRISTINA. ¿Y si no se sabe?

LORENZA. ¿Y quien me asegurará a mí que no se sepa?

ORTIGOSA. ¿Quien? La buena diligencia, la sagacidad, la industria y, sobre todo, el buen ánimo y mis trazas.

CRISTINA. Mire señora Ortigosa, tráyanosle galán limpio, desenvuelto, un poco atrevido y, sobre todo, mozo.

ORTIGOSA. Todas esas partes tiene el que he propuesto, y otras dos más: que es liberal y rico.

LORENZA. Que no quiero riquezas, señora Ortigosa; que me sobran las joyas y me ponen en confusión las diferencias de color de mis muchos vestidos. Hasta eso no tengo que desear, que Dios le dé salud a Cañizares. Más vestida me tiene que un palmito y con más joyas que la vedriera de un platero rico. No me clavara él las ventanas, cerrara las puertas, visitara a todas horas la casa, desterrara dellas los gatos y perros solamente porque tienen nombre de varón... que, a trueco de que no hiciera esto y otras cosas no vistas en materia de recato, yo le perdonara sus dádivas y mercedes.

ORTIGOSA. ¿Qué tan celoso es?

LORENZA. Digo que le vendían el otro día una tapicería a bonísimo precio y por ser de figuras no la quiso.

CRISTINA. Y compró otra de verduras, por mayor precio, aunque no era tan buena.

LORENZA. Siete puertas hay antes que se llegue al aposento, fuera de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave. Y las llaves no me ha sido posible averiguar donde las esconde de noche.

CRISTINA. La llave maestra creo que se la pone entre las faldas de la camisa.

LORENZA. No lo creas; que yo duermo con él y jamás he visto ni sentido que tenga llave alguna.

CRISTINA. Y más, que toda la noche anda como trasgo por toda la casa; y si acaso dan alguna música en la calle, les tira de pedradas porque se vayan. Es un malo, es un brujo, es un viejo que no tengo más que decir.

LORENZA. Señora Ortigosa, váyase no venga el gruñidor y la halle conmigo, que sería echarlo a perder todo; y lo que ha de hacer hágalo luego, que estoy tan aburrida que no me falta sino echarme una sogá al cuello por salir de tan mala vida.

CRISTINA. Así suceda aunque me costase a mí un dedo de la mano. Que quiero mucha a mi señora tía y me muero de verla tan pensativa y angustiada en poder deste viejo y reviejo y más que viejo. Y que no me puedo hartar de decille "viejo".

LORENZA. Pues en verdad que te quiere bien, Cristina.

CRISTINA. ¿Deja por eso de ser viejo?

ORTIGOSA. Así es la verdad Cristina. Y adiós, que en acabando de comer doy la vuelta. Vuestra merced esté muy en lo que hemos concertado y verá como salimos y entramos bien en ello.

CRISTINA. Señora Ortigosa, hágame merced de traerme a mí un frailezote con quien yo me huelgue.

ORTIGOSA. Yo se lo traeré a D^a Cristina pintado.

CRISTINA. ¡Que no lo quiero pintado, sino vivo, vivo, grande y hermoso.

LORENZA. ¿Y si lo ve el viejo?

CRISTINA. Diréle yo que es un ogro, y tendrá del miedo y holgárame yo. (ENTRASE ORTIGOSA.) Mire, señora: si Ortigosa trae al galán y a mi frailezote y el señor los viere, no tenemos más que hacer sino cogerle entre todos y ahogarle, y echarle en el pozo o enterrarle en la caballeriza.

LORENZA. Tal eres tu, que creo que lo harías mejor que lo dices.

CRISTINA. Pues no sea el viejo celoso y déjenos vivir en paz, pues no hacemos mal alguno y vivimos como unas santas. ENTRANSE.

SALEN CAÑIZARES Y UN COMPADRE SUYO.

CAÑIZARES. Señor compadre, señor compadre: el setentón que se casa con una de quince o carece de entendimiento, o tiene gana de visitar el otro mundo lo más presto que le sea posible. Apenas me casé con doña Lorencica, pensando tener con ella compañía y regalo y persona que se hallase en mi cabecera y me cerrase los ojos al tiempo de mi muerte, cuando me embistieron una turbamulta de trabajos y desasosiegos; tenía casa y busqué casar; estaba posado y despóseme.

COMPADRE. Compadre, error fue, pero no muy grande; porque, según el dicho del apóstol, mejor es casarse que abrasarse.

CAÑIZARES. ¡Que no había de abrasar en mí, señor compadre, que con la menor llamarada quedara hecho cenizas! Compañía quise, compañía busqué y compañía hallé. Pero Dios lo remedie por quien él es.

COMPADRE. ¿Tiene celos, señor compadre?

CAÑIZARES. Del sol que mira a Lorencica, del aire que la toca, de las faldas que la vapulean.

COMPADRE. ¿Dale ocasión?

CAÑIZARES. Ni por pienso, ni tiene por qué, ni como, ni cuando ni adonde. Las ventanas, amén de estar con llave, las guarnecen rejas y celosías; las puertas jamás se abren. Vecina no atraviesa mis umbrales, ni los atravesará, mientras Dios me diere vida. Mirad compadre: no le vienen los malos aires a las mujeres de ir a los jubileos ni a las procesiones ni a todos los actos de regocijos públicos. Donde ellas se mancan, donde ellas de estropean y adonde ellas se dañan es en casa de las vecinas y las amigas; más maldades encubre una mala amiga que la capa de la noche; más conciertos se hacen en su casa y más se concluyen que en una asamblea.

COMPADRE. Yo así lo creo. Pero si la señora doña Lorenza no sale de casa ni nadie entra en la suya, ¿de qué vive descontento mi compadre?

CAÑIZARES. De que no pasará mucho tiempo en que no caya Lorencica en lo que le falta; que será un mal caso, y tan malo que en solo pensallo le temo, y de temerle me desespero y de desesperarme vivo con disgusto.

COMPADRE. Y con razón se puede tener ese temor, porque las mujeres querrían gozar enteros los frutos del matrimonio.

CAÑIZARES. La mía los goza doblados.

COMPADRE. Ahí está el daño, señor compadre.

CAÑIZARES. No, no, ni por pienso; por que Lorencica es más simple que una paloma

y hasta agora no entiende nada desas filaterías; y adiós, señor compadre, que me quiero entrar en casa.

COMPADRE. Yo quiero entrar allá y ver a mi señora doña Lorenza.

CAÑIZARES. Habéis de saber, compadre, que los antiguos latinos usaban un refrán que decía: “Amicus usque ad aras”. Que quiere decir que el amigo hasta el altar; infiriendo que el amigo ha de hacer por su amigo todo aquello que no fuera contra Dios. Y yo digo que mi amigo “usque ad portam” hasta la puerta, que ninguno ha de pasar mis quicios. Y adiós señor compadre, y perdóneme. ENTRASE.

COMPADRE. En mi vida he visto un viejo más recatado, ni mas celoso, ni más impertinente. Pero éste es de los que traen la soga arrastrando, y de los que vienen a morir del mal que temen. ENTRASE.

SALEN LORENZA Y CRISTINA

CRISTINA. Señora, mucho tarda el señor y más tarda Ortigosa.

LORENZA. Más que nunca él acá viniese ni ella tampoco, porque él me enfada y ella me tiene confusa.

CRISTINA. Todo es probar, señora; y cuando no saliere bien, darle del codo.

LORENZA. ¡Ay, Cristina! Que estas cosas, o yo sé poco, o sé que todo el daño está en probarlas.

CRISTINA. A fe señora que tiene poco ánimo, y que, si yo fuera de su edad, que no me espantaras hombres armados.

LORENZA. Otra vez torno a decir y diré cien mil veces, que Satanás habla en tu boca. Más ¡ay! ¿Cómo se ha entrado el señor?

CRISTINA. Debe de haber abierto con la llave maestra.

LORENZA. Encomiendo yo al diablo sus maestrías y sus llaves.

SALE CAÑIZARES.

CAÑIZARES. ¿Con quién hablábades, doña Lorenza?

LORENZA. Con Cristina hablaba.

CAÑIZARES. Miradlo bien, doña Lorenza.

LORENZA. Digo que hablaba con Cristina. ¿Con quién había de hablar? ¿Tengo yo, por ventura, con quien?

CAÑIZARES. No querría que tuviédes algún soliloquio con vos misma que redundase en mi perjuicio.

LORENZA. Ni entiendo esos circunloquios que decís, ni aún los quiero entender. Y tengamos la fiesta en paz.

CAÑIZARES. Ni aún las vísperas no querría tener en guerra con vos. Pero ¿quién llama a la puerta con tanta priesa? Mira Cristina quién es, y si es pobre, dale limosna y despídele.

CRISTINA. ¿Quién está ahí?

ORTIGOSA. La vecina Ortigosa es, señora Cristina.

CAÑIZARES. ¿Ortigosa y vecina? ¡Dios sea conmigo! Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo con condición que no atraviere esos umbrales.

CRISTINA. ¿Y qué quiere, señora vecina?

CAÑIZARES. El nombre de vecina me turba y me sobresalta: llámala por su propio nombre, Cristina.

CRISTINA. ¿Y qué quiere, señora Ortigosa?

ORTIGOSA. Al señor Cañizares quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

CAÑIZARES. Decidle, Cristina, a esa señora, que a mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

LORENZA. ¡Jesús, y qué condición más extravagante! ¿Aquí no estoy delante de vos? ¿Hanme de comer de ojos? ¿Hanme de llevar por los aires?

CAÑIZARES. Entre con cien mil Bercebuyes, pues vos lo queréis.

CRISTINA. Entre, señora vecina.

CAÑIZARES. ¡Nombre fatal para mí es el de vecina!

SALE ORTIGOSA CON UN GUADAMECÍ.

ORTIGOSA. Señor mío de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuestra merced, de su gran caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido a venir a suplicar a vuestra merced me haga tanta merced, caridad y limos y buena obra de comprarme este guadamecí. Porque tengo un hijo preso por unas heridas que dio a un tonelero y ha mandado la justicia que declare el cirujano y no tengo con qué pagalle, y corre peligro no le echen otros embargos, que podrían ser muchos, a causa que es muy travieso mi hijo. Y querría echarle hoy o mañana, si fuese posible, de la cárcel. La obra es buena, el guadamecí nuevo y como esas cosas he perdido yo en la vida. Tenga vuestra merced desa punta y descojámosle, porque no vea el señor Cañizares que hay engaño en mis palabras; alce más, señora mía, y mire como es bueno de caída, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

AL MOSTRAR EL GUADAMECÍ, ENTRA POR DETRÁS UN GALÁN.

CAÑIZARES. ¡Oh, qué lindo rodamonte! ¿Y qué quiere el señor rebozadito en mi casa?

CRISTINA. Señor, yo no se nada de rebozados, y si él ha entrado en casa, la señora Ortigosa tiene la culpa.

CAÑIZARES. Yo ya lo veo, Cristina, que la señora Ortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme porque ella no sabe de mi condición, ni cuán enemigo soy yo de aquestas pinturas.

LORENZA. Por las pinturas lo dice, Cristina, y no por otra cosa.

CRISTINA. Pues por esas las digo yo. ¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta baraja!

CAÑIZARES. Señora Ortigosa, yo no soy amigo de figuras rebozadas ni por rebozar. Tome este doblón, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere; y ha de ser luego, y llévese su guadamecí.

ORTIGOSA. Viva vuestra merced más años que Matute el de Jerusalén, en vida de mi señora... no sé cómo se llama, a quién suplico que me mande de noche y de día con la vida y con el alma...

CAÑIZARES. Señora Ortigosa, abrevie y váyase, y no se esté agora juzgando almas ajenas.

ORTIGOSA. Si vuestra merced hubiere menester algún pegadillo para la madre téngolos milagrosos, y si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

CAÑIZARES. Abrevie, señora Ortigosa; que doña Lorenza ni tiene madre, ni dolor de muelas, que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.

ORTIGOSA. Ella se las sacará placiendo al cielo, porque le dará muchos años de vida; y la vejez es la total destrucción de la dentadura.

CAÑIZARES. ¡Aquí de Dios! ¿Qué no será posible que me deje en paz esta vecina? ¡Ortigosa, o diablo, o vecina, o lo que eres, vete con Dios y déjame en mi casa!

ENTRASE ORTIGOSA. ¡Oh, vecinas, vecinas! Escaldado quedo aún de las buenas palabras desta vecina, por haber salido por boca de vecina.

LORENZA. Digo que tenéis condición de bárbaro y de salvaje. ¿Y qué ha dicho esta vecina para que quedéis con la ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las hacéis en pecado mortal: dístele dos docenas de reales, acompañados de otras dos docenas de injurias. Boca de lobo, lengua de escorpión y silo de malicias.

CAÑIZARES. No, no, a mal viento va esta parva. No me parece bien que volváis tanto por vuestra vecina.

CRISTINA. Señora, éntrese allá dentro y desenójese, y deje al señor, que parece que

está enojado.

LORENZA. Así lo haré, y aún quizá no me verá la cara en estas dos horas; y a fe que yo se la de a beber por más que la rehuse.

ENTRASE DOÑA LORENZA.

CRISTINA. Señor, ¿no ve como ha cerrado la puerta de golpe? Yo creo que va a buscar una tranca para asegurar la puerta.

LORENZA. (Desde dentro) ¿Cristina? ¿Cristina?

CRISTINA. ¿Qué quiere, señora?

LORENZA. ¡Si supieses que galán me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca a mil azahares.

CRISTINA. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, señora?

LORENZA. No estoy sino en todo mi juicio; y en verdad que, si le vieses, que se te alegrase el alma.

CRISTINA. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Ríñala señor, porque no se atreva, ni aún burlando, a decir deshonestidades.

CAÑIZARES. ¿Bobeas Lorenza? Pues a fe que no estoy de gracia para sufrir estas burlas.

LORENZA. Que no son sino veras, y tan veras, que en este género no pueden ser mayores.

CRISTINA. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Y dígame señora, ¿está ahí mi frailezote?

LORENZA. No. Pero otra vez vendrá, si quiere Ortigosa la vecina.

CAÑIZARES. Lorenza, di lo que quisieres pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oírle.

CRISTINA. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!

LORENZA. Ahora hecho de ver quien eres, viejo maldito, que hasta aquí he vivido engañada contigo.

CRISTINA. Ríñala señor, ríñala, que se desvergüenza mucho.

LORENZA. Lavar quiero a un galán las pocas barbas que tiene con una bacía de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.

CRISTINA. ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Despedácela señor.

CAÑIZARES. No la despedazaré yo a ella, sino a la puerta que la encubre.

LORENZA. No hay para qué: vela aquí abierta. Entre y verá como es verdad cuanto le he dicho.

CAÑIZARES. Aunque sé que te burlas, si entraré para desenojarte.
ACCIÓN SALIDA DEL GALÁN.

CAÑIZARES. ¡Por Dios, que por poco me cegaras, Lorenza! Al diablo se dan las burlas que se arremeten a los ojos.

LORENZA. ¡Mirad con quien me casó mi suerte sino con el hombre más malicioso del mundo! ¡Mirad como dio crédito a mis mentiras, fundadas en materia de celos, que menoscabada y asendereada sea mi ventura! Pagad vosotros, cabellos, las deudas deste viejo; llorad vosotros, ojos, las culpas deste maldito. Mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las burlas veras y de los entretenimientos maldiciones. ¡Ay, que se me arranca el alma!

CRISTINA. Señora no de tantas voces, que se juntará la vecindad.

COMPADRE. (Desde dentro) ¡Abran estas puertas! Abran luego, sino echárelas al suelo.

LORENZA. Abre, Cristina, y sepa todo el mundo mi inocencia y la maldad deste viejo.

CAÑIZARES. ¡Vive Dios, que creí que te burlabas Lorenza! Calla.

ENTRAN TODOS

COMPADRE. ¿Qué pendencia es esta y quien daba aquí voces?

CAÑIZARES. Señor, no es nada. Pendencias son entre marido y mujer que luego se pasan.

COMPADRE. Por Dios, que estaba aquí pared y medio y a las voces he acudido, con no pequeño sobresalto, pensando que era otra cosa.

ORTIGOSA. Y yo también, en mi ánima pecadora.

CAÑIZARES. Pues en verdad señora Ortigosa, que si no fuera por ella, que no hubiera sucedido nada de lo sucedido.

ORTIGOSA. Mis pecados lo habrán hecho. Que soy tan desdichada que, sin saber por donde ni por donde no, se me echan a mí los pecados que otros cometen.

CAÑIZARES. Señores, vuestras mercedes se vuelvan norabuena que yo les agradezco el buen deseo; que ya yo y mi esposa quedamos en paz.

LORENZA. Si quedaré como le pida primero perdón a la vecina, si alguna cosa mala pensó contra ella.

CAÑIZARES. Si a todas las vecinas de quien yo pienso mal hubiese de pedir perdón,

sería el nunca acabar. Pero, con todo eso, yo se lo pido a la señora Ortigosa.

ORTIGOSA. Y yo se lo otorgo de aquí para adelante.

CAÑIZARES. Vean vuesas mercedes las revueltas y vueltas en que me ha puesto una vecina, y si tengo razón de estar mal con las vecinas.

LORENZA. Aunque mi esposo está mal con las vecinas yo beso a vuestra merced la mano, señora vecina.

CRISTINA. Y yo también; más si mi vecina me hubiera traído mi frailezote yo la tuviera por mejor vecina. Y adiós, señores vecinos.